
CONALI INFORMA

BOLETÍN DE INFORMACIÓN, SERVICIOS Y COORDINACIÓN
DE LA COMISIÓN NACIONAL DE LITURGIA - CHILE

SEPTIEMBRE 2006
N° 79



El jueves 10 de agosto ha fallecido el Padre José Aldazábal sdb, liturgista de reconocida trayectoria en España, su país, y todos los países de habla hispana. Su nombre está indisolublemente asociado al Centro de Pastoral Litúrgica de Barcelona, que ha editado muchos trabajos suyos. Fue un incansable propulsor de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, no sólo a través de sus escritos, sino también cursos y conferencias. Visitó varias veces nuestro continente y nuestro país en más de una ocasión.

CONALI INFORMA quiere expresar su pesar por la pérdida de un gran liturgista y al mismo tiempo la certeza de que su pascua lo ha unido al misterio de Cristo que como estudioso quiso comprender y ayudar a comprender a varias generaciones.

LA HOMILÍA EN LA DINÁMICA LITÚRGICA **P. Guillermo Rosas ss.cc., Doctor en Sagrada Liturgia**

La homilía, tal como la entendemos hoy, es una “parte de la misma liturgia”, un elemento integrante de los sacramentos y demás celebraciones de la fe, muy especialmente de la eucaristía. Por algo el Concilio Vaticano II, corrigiendo una práctica habitual anterior, exhorta a no omitirla nunca en las misas de domingo y de fiestas de precepto, a menos que haya una causa seria para hacerlo (SC 52).

Es propio, por lo tanto, de la naturaleza de la homilía el ser *parte* de una acción litúrgica más amplia, dependiente de ella. No hay homilía sin liturgia, aunque pueda haber liturgia sin homilía. No tendría sentido una homilía si en la celebración no se hubiera leído antes la Palabra de Dios. Siendo pues, parte de un todo más amplio, la relación que existe entre la homilía y las demás partes de la celebración no es indiferente, tanto desde el punto de vista de su contenido como de su forma.

Desde el punto de vista del contenido, la homilía debería estar en sintonía no sólo con las lecturas bíblicas correspondientes a la liturgia que se celebra, sino también con las demás partes de

la liturgia.¹ Desde el punto de vista de la forma, la homilía debería estar colocada siempre después de las lecturas bíblicas, y ser de una duración proporcional a la duración total de la celebración.²

“La homilía no puede ser un cuerpo extraño dentro del conjunto litúrgico, sino un elemento sintonizado desde dentro con el conjunto litúrgico. Éste no debe ser mero contexto, sino con-causa determinante de su realidad interior”.³

Esa relación entre la homilía y el conjunto de la celebración de la que forma parte integrante y coherente, es la que abordaremos sintéticamente.

LA HOMILÍA, DIÁLOGO CON LA PALABRA

La dinámica litúrgica es por su propia naturaleza dialogal, porque en ella Dios se comunica con su pueblo, o más precisamente, se *auto-comunica*. En toda acción litúrgica Dios habla y el pueblo responde, Dios santifica a su pueblo y los creyentes lo glorifican, Dios regala su gracia, su amor, y los creyentes le agradecen sus dones y se comprometen a vivir según su proyecto. La liturgia es el ámbito de la ritualización de ese diálogo permanente de Dios con su pueblo.

Desde el inicio de la revelación, en el Antiguo Testamento Dios crea, busca, perdona, exhorta a su pueblo. Toma la iniciativa fundamental, y la toma siempre, también cuando el pueblo no responde, le da la espalda, peca y lo olvida. Los ritos de la alianza expresan hermosamente el compromiso de Dios con su pueblo y del pueblo con su Dios. La íntima estructura de la revelación, que acompaña toda la Sagrada Escritura, halla en la liturgia una manifestación permanente.

La liturgia cristiana heredó esa estructura dialogal, que es especialmente patente en la liturgia de la Palabra. La dinámica interna de esta parte de la liturgia, presente en todos los sacramentos (no sólo en la eucaristía), expresa ritualmente el diálogo entre Dios y la Iglesia. Las lecturas (en la misa dominical, por ejemplo: la primera, el salmo responsorial, la segunda y el Evangelio) son la “Palabra de Dios” a la que la Iglesia responde con su agradecimiento y alabanza: “Demos gracias a Dios”; “Gloria a ti, Señor Jesús”. La homilía, en cuanto es recepción de la Palabra de Dios para iluminar la vida de la asamblea, es también una respuesta de la Iglesia a la voz de Dios. Es “Palabra de la Iglesia”, respuesta creyente, empeño en hacer fructificar el Evangelio, compromiso de fidelidad para la transformación del mundo.

Dios habla, su pueblo le responde. La homilía está puesta como respuesta a la Palabra de Dios y al mismo tiempo como palabra de la Iglesia que exige una respuesta en la vida de cada uno de los que celebran la liturgia. Es respuesta y llamada. Dios también habla por la homilía exhortando a su pueblo a *vivir la Palabra*, a ofrecer en lo cotidiano esa tierra buena en la que la semilla pueda dar fruto.

¹ Hay una tercera sintonía esencial a la que no me refiero porque no pertenece a la dinámica interna de la celebración, sino que es extracelebrativa: la sintonía *con la asamblea a la que se dirige*, clave de toda buena homilía.

² Doy por supuestas aquí las características formales internas de la propia homilía: su *estructura interna* o sus *partes*.

³ Cf. MALDONADO Luis, *La homilía. Predicación, liturgia, comunidad*, Ed. Paulinas, Madrid 1993, p.93.

La dinámica dialogal no se agota en la liturgia de la Palabra. Continúa a lo largo de toda la liturgia, expresándose ritualmente en los diálogos entre el presidente y la asamblea, y a veces también en los cantos, entre el coro o un solista y la asamblea, y en los signos, que expresan la gracia de Dios y la gratitud de la Iglesia. Por eso, la respuesta del pueblo no siempre se expresa en forma oral. A veces es un gesto (el rito de la paz, por ejemplo), otras un simple silencio, como después de la comunión. La comunicación entre Dios y la Iglesia que se da en toda celebración de la fe, está construida esencialmente por ese diálogo oral y gestual, escrito y espontáneo, individual y comunitario, que constituye la trama y la dinámica propia de la liturgia cristiana.

La homilía tiene también la función de iluminar esta rica trama dialogal de la liturgia, poniendo de manifiesto el don de Dios y las actitudes que ese don debería suscitar en la asamblea celebrativa. Puesta más o menos al centro de toda celebración, se halla en una posición inmejorable para extender su luz a la totalidad de la acción litúrgica.

LA HOMILÍA, DESDE LA PALABRA HACIA LA VIDA

La homilía, como decíamos antes, no es una acción independiente en la liturgia. Ella *supone la lectura previa de la Palabra de Dios*, es decir la proclamación por parte de los lectores y la recepción por parte de la asamblea. Supone, en realidad, una *correcta y buena* proclamación y una recepción *fructuosa*. Sin Palabra de Dios no hay homilía. La relación primaria y fundamental de la homilía en toda acción litúrgica es con la Palabra de Dios. De ella toma su fuerza y su luz, de ella arranca y fluye, sin perderla de vista, porque en ella es Dios mismo quien habla a la asamblea. La Palabra de Dios es el referente necesario de toda homilía que quiera cumplir su objetivo principal: transmitir la fuerza de la revelación para la vida personal y comunitaria, exhortar a la asamblea a vivir el Evangelio en las realidades habituales de su vida.

PALABRA DE DIOS (HOMILÍA

Esta referencia esencial a la Palabra no significa que la homilía deba consistir en explicarla. La razón de ser de la homilía, su finalidad, no es la explicación de la Palabra de Dios, aunque tal dimensión pueda y a menudo deba estar también presente, para lograr una correcta comprensión de lo que los autores bíblicos quisieron transmitir en sus escritos. La finalidad de toda homilía, como hemos dicho, es la iluminación y el crecimiento de la vida cristiana de la asamblea que celebra, a partir de la Palabra. Por eso, el segundo término clave de toda homilía es la vida de la asamblea celebrativa. A ella está destinada.

PALABRA DE DIOS (HOMILÍA (VIDA DE LA ASAMBLEA

Este “orden” básico explica por qué la homilía no puede estar, dentro de la dinámica de la celebración litúrgica, en otro lugar sino después de la proclamación de la Palabra de Dios. Pertenece intrínsecamente a la “mesa de la Palabra”, como se ha llamado a la liturgia de la Palabra en la eucaristía. Ella es el “segundo acto” de un movimiento que comienza con la primera lectura bíblica.

La homilía impide que la Palabra quede resonando simplemente como una palabra hermosa, que mueva los sentimientos por un rato o suscite una mera admiración momentánea, y hace, en

cambio, que la Palabra de Dios sea esa “espada de doble filo”, como la llama san Pablo, destinada a remecer al que la escucha, a suscitar en él la conversión del corazón, el arrepentimiento, la fidelidad, el amor y la coherencia evangélica. Y a través de cada persona individual, la Palabra está destinada a transformar el mundo, a hacer presente el Reinado de Dios que Jesús inauguró y a realizar el proyecto de salvación en medio de las realidades terrenales, para que poco a poco germinen las semillas de plenitud y vida eterna sembradas por Jesucristo. La Palabra de Dios, a través de la homilía, transforma el mundo por el compromiso de los discípulos de Jesús. Todo cristiano debería celebrar la liturgia consciente de las consecuencias que la celebración conlleva en su vida: una liturgia sin conversión y compromiso es un contrasentido y una deformación de la fe.

PALABRA DE DIOS (HOMILÍA (VIDA DE LA ASAMBLEA (TRANSFORMACIÓN DEL MUNDO

La homilía es entonces, para decirlo sintéticamente, una predicación que parte de la Palabra para iluminar la vida. Ésa es la finalidad que nace de su propia naturaleza. Por eso su relación con la Palabra de Dios es la más importante de las diversas relaciones intracelebrativas. Se comprende entonces por qué la homilía debe *estar después de la Palabra*, y por qué *siempre debe partir desde ella* para ir hacia la vida y el mundo.

LA HOMILÍA, DESDE LA PALABRA HACIA EL MISTERIO

¿Qué relación tiene la homilía con el resto de la celebración litúrgica, sobre todo en el caso de la eucaristía? Si uno se atiene a la finalidad propia de la homilía, que es iluminar la vida de la asamblea, advierte que esa vida no sólo es la vida que se desarrolla fuera del momento celebrativo, es decir la vida cotidiana, normal, semanal de quienes participan en la acción litúrgica, sino también el mismo momento celebrativo. Por eso, la homilía puede también, y en cierto modo debe, iluminar no sólo la vida ordinaria de los cristianos, sino también esa vida “extraordinaria” que se da en la misma celebración litúrgica, “cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo fuente de donde mana toda su fuerza” (SC 10).

La homilía se relaciona entonces no sólo con la Palabra de Dios, de la cual extrae la luz que derrama sobre la vida de los cristianos, sino también de *la totalidad de la liturgia*, es decir de sus textos propios y sus diversas partes, ritos y signos. Esta relación es muy importante en los sacramentos, y especialmente en la eucaristía. Cuanto mejor integre la homilía la misma experiencia de la liturgia que se está celebrando (la diversidad humana de la asamblea, la riqueza de la eucología⁴, de los cantos y de los signos, la materialidad del espacio litúrgico y de la iconografía, y todo lo que hace de la celebración un momento “cumbre”), mejor podrá cumplir su finalidad propia, de iluminar la vida de la asamblea.

De allí que el Concilio afirme que “las fuentes principales de la predicación serán la Sagrada Escritura y *la Liturgia*, ya que es una proclamación de las maravillas obradas por Dios en la historia

⁴ Por *eucología* se entiende el conjunto de las oraciones de una liturgia. Se suele distinguir entre *eucología menor* (oración colecta, oración sobre las ofrendas, oración post comunión, fómulas sacramentales, etc.) y *eucología mayor* (plegaria eucarística, prefacio, oraciones consecratorias, etc.).

de la salvación o misterio de Cristo, que está siempre presente y obra en nosotros, particularmente en la celebración de la Liturgia” (SC 35, 2).

La homilía debe conducir a la vida, pero también *al misterio que se celebra*. Porque la liturgia no es un momento separado de la vida, sino parte de la misma vida de los creyentes. Es un “momento de la historia de la salvación” tan importante como el compromiso cotidiano con el Evangelio.

Así como debe iluminar la vida cotidiana y la urgencia de transformación del mundo a partir de la transformación de los corazones, así también la homilía debe conducir a la asamblea a una mejor y más profunda comprensión y vivencia del misterio sacramental que se está celebrando, especialmente del misterio eucarístico.

Esta es una de las razones por la que un predicador debe conocer el íntimo dinamismo de la celebración de la eucaristía, la relación de sus partes y el sentido de cada una. No siempre se puede ni debe aludir en la homilía a la celebración que se está teniendo, pero es muy bueno hacerlo con frecuencia.

Eucología. Comprender profundamente la eucología, los textos litúrgicos, que a menudo son venerables escritos de la tradición de la Iglesia, textos siempre cuidados y hermosos, en los cuales resplandece la vieja “*lex orandi, lex credendi*”⁵, junto con los signos y ritos de nuestra liturgia, es entrar en ese misterio que es la vida del propio Jesús, que en la cena con sus apóstoles les dijo: “Hagan esto en memoria mía”, perpetuando así en los signos celebrativos la memoria viviente y perennemente actual de su Pascua.

Partes de la liturgia. Iluminar el misterio es también explicar y profundizar en el sentido de las diversas partes de la celebración, sobre todo las más importantes: la *comunión*, en primer lugar, con su profundo sentido cristológico, eclesial y escatológico, individual y comunitario, de participación en la Pascua del Señor “hasta que vuelva”: su pasión y muerte, su sacrificio, su resurrección y gloria; luego la *presentación de las ofrendas*, el *acto penitencial*, el *rito de la paz*, el *envío* del final de la misa, etc.

Signos sacramentales. En los demás sacramentos, los signos propios de cada uno (derramar agua tres veces sobre la cabeza de la guagua, ungir la cabeza y las manos con óleo de los enfermos, decir cada novio la fórmula del consentimiento, ungir la frente con crisma, etc.) son una ocasión propicia para iluminar el sentido del signo sacramental, la sacramentalidad de la vida cristiana, la función de los sacramentos en la vida individual y eclesial, y la necesidad de familiarizarnos con el lenguaje de los signos.

Cantos de la celebración. También algún canto en particular, de los que ya se han entonado en la celebración o se entonarán luego, puede ser objeto de una profundización en la homilía. Si la vieja frase “quien canta, ora dos veces” es cierta, entonces un buen canto puede ser motivo de crecimiento en la fe y en el compromiso para la asamblea. Si queremos que los cantos no

⁵ *Lex orandi, lex credendi*: lo que oramos [celebramos] debe estar en sintonía con lo que creemos.

sean meros adornos musicales de la liturgia, entonces deben tener el peso de las demás palabras celebrativas, y ser también posibles objetos de una predicación interpelante y fructuosa.

Espacio litúrgico. El lugar de la celebración con todo lo que contiene, puede ser asimismo parte de una homilía. El espacio litúrgico puede hablar de Dios, las imágenes pueden ser, como acontecía en la Edad Media europea, verdaderas “Biblias de los pobres”, Palabra de Dios pintada en los muros y columnas del templo. Una iglesia o una imagen hermosa pueden valer lo que diez homilías. Por eso, la homilía puede sacar de una imagen o del espacio litúrgico luz que ilumine y ahonde el misterio celebrado.

Enriquecemos nuestro esquema entonces con la inclusión de otras tres fuentes para una buena homilía (fuera de la Palabra de Dios, que teníamos en el esquema de arriba): la eucología, las partes de la liturgia, los signos sacramentales, los cantos de la celebración y el espacio litúrgico con sus imágenes y demás objetos culturales. Todo para ayudar a profundizar en el misterio que se celebra:

<i>EUCOLOGÍA</i>	{	
<i>PARTES DE LA LITURGIA</i>	{	
<i>SIGNOS SACRAMENTALES</i>	{	<i>HOMILÍA</i> { <i>MISTERIO DE CRISTO CELEBRADO</i>
<i>CANTOS LITURGICOS</i>	{	
<i>ESPACIO LITÚRGICO</i>	{	